



CUENTOS

Sonia González Valdenegro¹

SALVAR A MAMI

La voz de alarma, el aviso, llega por la mañana. En la cama, junto a la suya, Mami sigue acostada, Y Rita tiene la certeza de que es un signo de una jornada diferente a todos los anteriores sábados de su vida.

No se equivoca.

La víspera ha sido una noche especialmente difícil. Rita quiso salir con un grupo de amigas y sostuvo con ellas diálogos clandestinos a través del teléfono celular. Pero Mami andaba por ahí. Mami siempre andaba por ahí cuando Rita hablaba por el celular. Quería, necesitaba saber con quiénes y qué hacía Rita en sus escapadas. Necesitaba, le había pedido un juramento, quería la certeza de que no iba a encontrarse con Alejandro. Por alguna razón, y Mami lo agradece, Rita y Alejandro han dejado de frecuentarse tiempo atrás.

Pero Mami sospecha que Rita tiene algún sentimiento o disposición especial hacia Alejandro.

A Mami no le gusta Alejandro.

A Mami no le gusta ninguno de los jóvenes que han demostrado un interés particular por Rita o respecto de quienes esta última ha manifestado una inclinación. Mami, aunque

¹ Sonia González Valdenegro (Santiago, 1958). De profesión abogada, que ejerce actualmente de modo independiente. Vive en Santiago y Villarrica. Ha publicado seis libros íntegramente de su autoría. De estos, tres son conjuntos de cuentos y 3 novelas. El primer libro publicado es *Tejes historias*, que es una autoedición del año 1986 bajo el sello independiente de Ergosum. A continuación vienen las siguientes: *Matar al marido es la consigna*, año 1993, Editorial Planeta (bajo el título *Páginas de un sábado*, este volumen obtuvo el premio Mejores Obras Literarias, categoría cuento inédito, en su primera versión, 1994); *El sueño de mi padre* (novela, 1998, Editorial Planeta; *Imperfecta desconocida*, novela, año 2001, Editorial Planeta; *La preciosa vida que soñamos*, cuentos, año 2007, Editorial LOM (este volumen obtuvo los premios Mejores Obras Literarias y Premio Municipalidad de Santiago, ambos del año 2008) y *La línea del día*, novela, año 2018, Editorial LOM. Para fines de 2024 se espera la publicación de un volumen de cuentos que, bajo el título “A la diestra de nadie”, saldrá bajo el sello independiente Cormorán, en el que se incluyen cuentos de corte policial.

sin arrogancia, considera a Rita muy por encima de todos esos y se lo ha dicho con esas palabras y con otras, aún más elocuentes.

No me he reventado los pulmones por ti para que te enredes con cualquiera de esos.

Como ella, ¿verdad?. Rita jamás le diría algo así. Pero lo piensa. Por supuesto que lo piensa.

Rita es hija única. Un hombre que jamás se declaró padre suyo y desapareció por completo de la vida de ella y su madre y quien, tal vez hasta ignora su existencia, anda por ahí, en algún lugar del mundo, lejos de ella.

Durante mucho tiempo, saliendo de la infancia, ese hombre habitó las fantasías de su hija. Rita inventó para él un rostro, una manera de caminar; lo ideó inclinándose ante una Rita pequeña para besarle la frente. Rita besó la mejilla áspera de aquel sueño y percibió su aroma a jabón y a colonia, los restos del humo de un cigarrillo fumado a escondidas.

Como por obra de un poderoso paso de magia, la niña que Rita fue lo hizo regresar a la vida de Mami y ella, dispuesto a entregarles un nombre, una posición, la cuota de afecto que los padres adeudan a los hijos, aunque, siendo sincera, afecto no le había faltado. Todo lo otro sí.

Mami ha sido la celadora del bienestar de Rita.

Todos los sábados, desde hace muchos años, se levanta al amanecer y, aún medio dormida, besa a Rita quien, desde la hondura de su almohada, le responde un adiós, un cuídense.

Todos los sábados sale a la calle, coge un microbús que la lleva al otro lado de la ciudad, entra en un edificio, abre la puerta de un departamento con sus propias llaves, se amarra el delantal a la cintura y comienza a poner orden rápida y escrupulosamente luego de encender el aparato de radio.

Todos los sábados.

– Mami –dice.

No se ha reventado los pulmones para que Rita caiga en manos de cualquiera.

– Mami.

La mujer se vuelve hacia ella, despertando. En la penumbra de las siete de la mañana, y sólo gracias a la débil claridad que se filtra desde la calle por una juntura mal cerrada de la cortina, Rita comprueba el rostro pálido, las profundas ojeras, el cabello desgreñado, mal teñido, que enseña las raíces prematuramente canosas.

– Mami.

La mujer entreabre los ojos y la queda mirando como si le costara reconocerla.

– ¿Qué le pasa? Se quedó dormida. ¿Se siente mal?

– Dormí poco. El estómago. Más abajo del estómago.

– ¿Dónde? A ver... –pregunta Rita, destapándola.

No saber, no saber aún. El sitio que la mujer señala está mucho más abajo del estómago, más bien cercano a la pelvis. Rita calcula que se trata de la zona del apéndice, pero no saber, no saber aún.

– ¿No va a ir a trabajar?

La mujer separa los labios. Su lengua asoma entre los dientes con secos restos de saliva blanca.

– No puedo –anuncia.

– ¿Quiere un té?

Rita sale a la pequeña estancia que hace las veces de sala y cocina. Toma el hervidor de agua, lo llena y luego de conectarlo al enchufe busca sobre el estante las tazas y en la bolsa algo del pan del día anterior, que pone sobre el tostador luego de encender uno de los quemadores de atrás con el chispero.

En le calle suena un pitazo. De la casa vecina, muy próxima a la de ellas, comienza a salir la música que un muchacho enciende en la primera habitación los sábados por la mañana, a un volumen que podría despertar a toda la cuadra, si la gente de la cuadra no estuviera despierta ya a causa de los ladridos de los perros, el sonido de los automóviles por la carretera a una manzana de ahí, una vía que se alza por encima de la vecindad. Si un automóvil se saliera de la pista iría a dar sobre el techo de la casa de Sabina, la mejor amiga de Rita, con quien la noche anterior habría salido si Mami no hubiera interceptado la comunicación que sostenían. A esas alturas Rita se había metido en el cuarto de baño para hablar tranquila.

– ¿A dónde crees que vas a ir?

Resulta curioso, pensó por la noche Rita, es verdad, con mucha rabia hacia su madre, que ella no experimentara los impulsos de rebelión tan comunes en los jóvenes. Chicas como Sabina. Una vez Sabina había dicho a su madre (Rita la escuchó desde la entrada de la casa) no se meta en mi vida, señora, ¿quiere?

Resulta curioso. Pero ahora Rita no repara en la rabia de la noche anterior, cuando la madre le anunció que no iba a ninguna parte pues ella no se había deslomado para que su hija se perdiera con el primer patipelado que se le cruzaba por el camino. Ahora Rita piensa otra cosa. Por primera vez en muchos años Mami no se ha levantado. No ha dicho: avísale a don Adolfo. No ha abierto la boca para pronunciar palabra antes de que Rita le hable.

Ahora Rita recuerda que la zona donde su madre dice le duele es la del apéndice, un órgano vestigial, probablemente un bueno para nada como esos con los que Mami no quiere que vaya Rita. Un órgano cuya infección puede ser mortal en cuestión de horas.

Ahora Rita lamenta no saber; encontrarse apenas en el primer semestre de enfermería. Y Rita se pregunta qué haría ella si aquella mujer desapareciera de su vida.

Cuando tiene todo en la bandeja la lleva hasta el dormitorio. Las mejillas de Mami enseñan un color rojo brillante. Rita toca la frente.

– Tiene fiebre –dice.

– Parece.

Busca en la caja donde guardan los medicamentos. Encuentra calmantes, antibióticos vencidos, pastillas de carbón.

– ¿Guardó en algún lado el termómetro?

– No tenemos termómetro.

No es necesario un termómetro. Mami tiene fiebre. Son las ocho de la mañana. Mami está enferma. Lo que tiene no es poca cosa. Se trata, concluye, de una apendicitis, una inflamación, la infección de aquel bueno para nada del apéndice.

– Trate de sentarse.

Ayudada por Rita, la enferma consigue beber algunos sorbos, pero el té le parece demasiado caliente, la habitación muy pequeña, tan abrigada. Y los sonidos son fuertes en el interior de la cabeza. A sus ojos está a punto de asomar una lágrima. Y a Rita la divierte, dentro de lo que las circunstancias permiten, seguir el curso de aquella gota salina que se asoma al lagrimal y retrocede para volver a avanzar, sin decidirse a resbalar por el ruedo de la mejilla, en caída libre.

– La voy a llevar a alguna parte.

No sabe qué ha querido decir. Lo primero, considera, es sacarla de casa. Salir a la calle, donde ella y Mami pueden pedir la ayuda de los vecinos. De la madre de Sabina, la señora cuyo marido, que no es el padre de Sabina y a quien ésta detesta porque la mira con lujuria, pero tiene un taxi. Y no es momento, reflexiona Rita, de ponerse escrupulosa con el viejo cochino, sino de pedirle derechamente que le haga un favorcito a ella y a Mami.

– Para eso estamos los vecinos –responde el hombre.

Rita se entera de que Sabina no ha regresado a la casa la noche anterior. Su madre y el viejo cochino, el dueño del taxi, han reñido por esa razón. La madre de Sabina ha querido enterarse por Rita dónde fue su hija, y se ha mostrado escéptica cuando la joven le dice que no lo sabe, no llegó a saberlo porque cuando hablaba con Sabina su Mami, que anoche estaba mucho más alentada, dio un empujón feroz a la puerta del baño, entró y le quitó el teléfono que ella misma le regaló para Navidad, no sabía muy bien para qué, ya que en casa de Rita no había teléfono y a Mami el dinero le alcanzó solo para un aparato.

Y ya con el hombre dueño del taxi, pues la madre de Sabina se ha quedado en el interior de su casa, medio oculta en la penumbra de la cocina desde la que le habló; ya con el hombre que es algo así como el padrastro de Sabina, Rita se dirige a la casa, abre la puerta y advierte por primera vez el olor a encierro que se respira en el interior. Dice al hombre que la acompaña, es por aquí y, entre los dos levantan a la madre, la ayudan a ponerse un chaquetón sobre los hombros, el mismo que usa Mami todos los días, a calzarse las zapatillas cuyos cordones no consiguen anudar y así, medio inclinada sobre sí misma, como si se tratara de una viejita de setenta y no de Mami, quien tiene poco más de cuarenta, salen a la calle donde el sol de la mañana les pega en la cara, especialmente a Mami, como refrescándole la memoria: el mundo puede ser espantoso incluso en días con sol y relativamente tibios como aquel.

A Mami la ponen en el asiento de adelante, que el viejo cochino ha reclinado para su comodidad. Rita sube atrás. Por el lado va acariciándole la cara y apenas el auto se pone en marcha un nudo le estrangula la garganta hasta el punto de volverle imposible contestar a la cháchara del viejo cochino, para quien Mami no parece existir, a pesar de las grandes bolsas que cargan sus ojos y los quejidos que emite de vez en cuando.

– ¿Desde cuándo se sentía mal, Mami? –pregunta Rita, un poco por saber, para cuando le pregunten en el Hospital y otro tanto para no tener que hablar con el viejo cochino.

– Desde hace varios días.

Mami es así. Por las mañanas se levanta y recorre la pequeña casa, poniendo las cosas en orden; prepara desayuno: fríe salchichas y cuece el puré que va a distribuir en el termo de Rita, para que ésta almuerce en la Universidad, y en el que ella se lleva al trabajo. Prende luces, apaga luces. Observa por la ventana las condiciones del día. Se pregunta en voz alta cómo habrá amanecido la abuelita del frente, que anoche estaba tan mal cuando llegó.

Mami es así. Apaga la radio. Retira la basura. Ordena las camas.

Nunca se queja.

Jamás le duele la cabeza, ni el estómago. Los zapatos de Mami duran años.

Rita piensa. El vehículo ha entrado en la autopista. El viejo cochino encendió la radio y una música de sound, una que ponen en la feria a la que ella lleva cosas para vender, contrasta con el aspecto penoso de Mami.

– No se va a morir, ¿verdad, Mami? –le pregunta, advirtiendo de inmediato que ha formulado la interrogación más estúpida de todas.

– Me voy a morir –responde Mami, y luego, con restos de un humor que a veces sorprende a Rita–, pero no todavía, no adentro de este taxi.

Rita la besa. Besa la mejilla ardiente sobre la que latigazos de luz solar resecan los hilos del río que es aquella mujer.

– Queda poco –dice entonces el hombre.

Y los tres aguardan. A la manera de cada uno. El conductor desea llegar pronto a la posta u hospital, para dejar a esas dos a la entrada de las ambulancias. Apenas pueda detener el automóvil y correr por una silla de ruedas, por un paramédico, por alguien, en fin...

– Oiga, amigo. Écheme una mano con una vieja que traigo en el vehículo.

La madre de Rita aguarda a que esto acabe. Lo que sea que tiene, espera que la pongan en una cama y le permitan dormir, echar una cabezada, cerrar los ojos, olvidar que no avisó a don Adolfo que hoy faltaba pues estaba con fiebre, pero tenía una compañera que trabajaba con ella en la industria a la que si él quería llamar, si le permitía que buscara, en el interior del bolso, en una libreta pequeña que tiene en la cubierta un conejo con sombrero..., una compañera con la que han recorrido todas las oficinas de la industria a la que está asignada desde hace unos meses. Se sientan, a eso de las cuatro de la tarde, a tomar un té con algunas masitas que les dejan las chicas de la secretaría de la gerencia, las que trabajan a la entrada de la oficina donde está la tele que ellas miran cuando les toca

limpiar y no hay nadie afuera, la hora del programa matinal. Una joven muy simpática cocina todas las mañanas cosas muy raras, en una gran cocina de estudio, con artefactos que no han sido utilizados antes de aquel guiso, sobre el que la chica pone curiosos aliños, hierbas que no venden en la feria ni en el supermercado al que ellas acuden a la salida del trabajo, antes de irse a alguna de las casas donde trabaja un sobre tiempo por las tardes, antes de llegar a encontrarse con Rita, la buena de Rita que ha regresado de la universidad y está preparando algo para la comida de las dos. Olvidar. La madre de Rita quiere olvidar que está dejando de ganar los pocos pesos bienvenidos que le pasa don Adolfo los sábados por arreglarle el departamento. Olvidar que no puede quedarse en el Hospital porque entonces Rita estaría sola en la casa y tal vez alguien, enterado de que nadie puede defenderla... O quizá Alejandro, ese del que hablaba con alguna de sus amigas anoche, encerrada en el baño, a través del celular que se traga buena parte del dinero que la pasa don Adolfo. Olvidar los años que lleva dándole vuelta a esta manivela de destino en el que los días son siempre iguales a los anteriores, salvo, claro, este sábado. Eso aguarda la madre de Rita.

– Mami.

A través de la ventana el paisaje desplaza sus detalles. Semáforos en verde en las intersecciones que atraviesan, siente Rita, demasiado despacio. Observan a la madre de Rita, a Rita, los rostros de los automovilistas que se alinean junto al taxi lo sobrepasan y son después dejados atrás. Gente en los paraderos. Y a un costado, el sol, un sol de abril, aún despejado, la cara visible de una época que se resiste a retroceder.

– ¿Cómo se siente? –pregunta el viejo cochino.

Y su mano deja la palanca de cambios para tocar la mano de Mami.

– Está hirviendo.

Como si Rita no lo supiera.

– Tiene fiebre –explica, sin embargo.

Pero entonces ya han llegado al hospital. El taxi del viejo cochino franquea la primera reja y busca, meditando los pasos, el camino hacia la urgencia. Un joven con delantal que camina hacia la salida les ayuda.

– A la izquierda –dice, y le da una mirada a Mami–. Ubíquese a la entrada y pida que le busquen una silla... O una camilla –agrega después.

Rita se acerca a la ventanilla donde una mujer bebe una taza de té con el hilo y la etiqueta colgando por un costado. La mujer la mira. Es una morena gruesa, que se queda esperando a que sea Rita quien hable. Y Rita entiende. Es lo que su madre llama una chica avispada.

– Mi mami –explica–. Tiene una apendicitis.

– Apendicitis, ¿ah? –dice la mujer–. ¿Quién lo dice?

– Nadie. Lo creo yo. Le duele abajo; un dolor inguinal. Tiene fiebre.

– Ya ¿Tienes el carné de tu mami?

Rita comprende. Se devuelve sobre sus pasos y pide a Mami, sentada ya sobre una silla de ruedas que le alargue el bolso. En el interior hay un paquete de pañuelos, analgésicos, una libreta pequeña, un monedero, el celular que le arrebató durante la discusión de anoche, un porta documentos verde. En el interior de éste, el carné, que entrega a la mujer y esta recibe dando una mirada a la fotografía que no dice demasiado ni se asemeja a la mujer de la silla, tras Rita.

Luego anota en un ordenador. Después se pone de pie.

– Ya vengo –dice.

Pero demora en regresar. Entretanto, Rita ha llevado la silla hasta la sala donde se sienta cuidando de quedar a la altura del rostro de Mami, entrecerrados los ojos, tensa la piel como si ardiera. Y es que arde. Toca aquella mejilla.

– Vecina –dice el viejo cochino–. Ya me tengo que ir.

Cómo no despedir a aquel miserable, poniéndose de pie y dejando sus manos en las de él. Cómo no enseñarle sus mejores sentimientos en una mirada que pretende hacerle llegar la gratitud por haberlas traído.

– No se preocupe, vecina. Para eso estamos.

Y lo ve alejarse. En el momento en que dos hombres se aproximan a ella, uno de ellos agarra las manijas de la silla y se llevan a Mami hacia el interior.

– Usted tiene que esperar –dice el otro–. Aquí. Espere aquí.

Y le entrega el bolso que Mami todavía tenía agarrado entre sus manos.

Un joven, alguien que viste como Alejandro y está sentado en la silla con las piernas separadas, una en ángulo, la otra estirada, la postura de quien preferiría recostarse, la mira desde el otro lado de la sala de espera. Como advierte que Rita ha reparado en él, la saluda levantando la mano. Rita le sonrío. Se trata de una sonrisa de cortesía, cuyos vértices han sido establecidos durante los veinte años que Rita ha llevado aquella sonrisa, advertida por su madre de los peligros de una sonrisa inocente.

Mami, piensa.

Entonces el joven está junto a ella, No necesita que hable. Sabe que ella y ese joven son almas gemelas. Pero sabe también que las almas gemelas no existen, que ella y él y Mami, todos, estamos destinados a la soledad, pero podemos mirarnos desde la hondura de aquel sentimiento, podemos llegar a tocar los velos de lo que los recubre en la antesala de un hospital donde se espera.

– ¿Qué le pasó a tu mamá? –pregunta él.

– Apendicitis –responde Rita. Porque, aunque no sabe aún, eso sí, está segura, se trata de una apendicitis–. ¿Y a ti?

– Mi hermano –responde el muchacho. Parece de esas personas que siempre quieren mostrarle el lado amable a la vida–. Se tomó algo, unas pastillas.

Sí. La gente como ellos está permanentemente batallando contra los imponderables, contra toda suerte de desgracias que a veces suceden. Una mujer de la vecindad, una que vive a dos casas de Sabina, sufrió hace unos meses la muerte de un niño pequeño,

atropellado por un bus que no respetó la vía peatonal. La noche del accidente la mostraron en la televisión. Rita conocía muy bien a aquella mujer, porque habían coincidido en el almacén donde iba a hablar por teléfono antes de que Mami le regalara el celular. De pronto encendió el televisor y aquella mujer estaba ahí, en la pantalla. Sus palabras fueron: nuestra vida es así. No lloraba como suelen hacer los pobres cuando aparecen en la televisión. Señalaba, como una rotunda máxima que nuestra vida, o sea la de Rita, a quien hablaba en aquel momento a través de la pantalla, también, es así. Una vida con carreras hasta el hospital cuando tu Mami se pone enferma o tu hermano se toma un frasco de pastillas.

Debieron pasar algunas horas. El chico se fue luego de que alguien desde el interior le avisó que su hermano quedaría internado.

– Que se ponga bien tu mamá –dijo antes de irse.

Rita siguió esperando hasta que alguien la llamó. La hicieron entrar en una sala donde su madre, desnuda, aguardaba tendida sobre una camilla, cubierta apenas por una sábana.

– Me van a operar –dijo–. Tengo apendicitis.

Sonrieron las dos. Ellas sabían.

En el cuenco de su mano guardó los aros, el anillo y el colgante con el signo zodiacal de Mami y abandonó la habitación luego de besar aquella mejilla que conocía de memoria el roce de sus labios.

– Todo va a salir bien. Tranquila.

Fueron las palabras de Mami. Sus ojos la siguieron hasta la sala de espera. A pesar de la puerta y el pasillo que ahora las separaba. Rita se comportaba a la altura de aquella mirada, sentándose, arreglando su cabello y abriendo otra vez el bolso de Mami para poner las cosas en su interior.

Las horas hacen su trabajo. Se acomodan alrededor de Rita, estirándose como animales cansados. Rita entrecierra los ojos, piensa, imagina, sin horror ni desesperación la vida sin Mami. Aunque ella sabe, así como anticipó que se trataba de una apendicitis, que Mami se pondrá bien y dentro de unos días las dos regresarán a casa. Luego de dejarla en la cama cruzará al almacén a comprar un poco de pollo para prepararle una sopa y Mami sorberá con delectación el caldo que le enseñó a preparar cuando era pequeña para que Rita fuera aprendiendo esa y otras cosas que ella podía dejarle cuando partiera. Aunque no ahora. No esta tarde en que Rita habrá salvado a Mami.

LA MUJER DEL CÉSAR

Con todas las dignidades y obligaciones asociadas a mi cargo y no obstante los límites acordados muchas veces, debí coser el botón de una camisa antes de salir de casa.

– Espera. Espera un poco, Cachorrita –gritó Alfredo desde el descanso de la escala.

Se atravesó en mi camino sosteniendo una camisa de color gris y una sonrisa de dobles intenciones.

– El botón. Ayúdame con este botón –agregó, poniendo la camisa ante mi cara.

No podía. Y se lo expliqué sin evasivas. No quería apelar de manera evidente a nuestros compromisos, especialmente a los suyos. No. No iba a llegar a eso, pero cualquier actitud que yo asumiera constituía un recordatorio de su falta. Además, Alfredo no buscaba mi ayuda, sino endosarme el problema, incluida la búsqueda de una aguja, hilo y hasta un botón.

Y seguí negándome con evidente irritación en tanto intentaba coger las llaves del auto que dejamos sobre la mesita de la entrada por encima de Alfredo, quien agitaba los brazos como un jugador de basquetbol para impedirme alcanzarlas.

Fue inútil.

Alfredo tiene otras camisas, pero esa, ante mi cara, retrasaba mi salida al tribunal.

Más bien, y había que entenderlo así, Alfredo se tomaba una venganza por lo de la noche anterior, cuando, y mientras se dormía, luego de golpearle con el codo una costilla, le recordé el asunto de la canaleta rota y la lluvia anunciada para dentro de algunos días.

– No te cuesta nada.

Claro. No me costaba nada. Salvo llegar tarde al juzgado.

– Eres la jueza.

– Con mayor razón, Alfredo.

– Y no me digas Alfredo, Cachorrita.

Pero cosí el botón. Bien apretado. Le di muchas vueltas y puse nudo sobre nudo. Antes se cae la camisa que ese botón.

– ¿Cómo quieres que te llame? ¿Lucho?

– Alfredito, Cachorra mía.

Me fui a cien por una carretera que debe recorrerse a setenta. Mientras conducía, luego de esquivar un par de gallinas fugitivas, y como si Alfredo hubiera viajado junto a mí, le dije cosas horribles. Lo acusé de egoísta. Lo llamé bribón. Y eché un par de lagrimones.

Ya estaba por llegar al tribunal cuando terminé de explicar al asiento vacío, y no era la primera vez, mi posición como jueza de letras, la dignidad del cargo, mi necesaria observancia de las obligaciones ministeriales. Claramente, eso no me impedía coser el botón de una camisa, pero había que conciliar sus necesidades con mis deberes. No era tan difícil de entender. Tarde o temprano, sin embargo, caíamos en aquel pantano. Dejar sus cosas en mi camino y poner a prueba mis sentimientos para balancear su importancia con mi trabajo era una fechoría, algo perverso e infantil de su parte.

Por lo demás, y este argumento se me ocurrió cuando ya entraba al tribunal, ¿quién pega hoy botones a una camisa?

Pasé al baño antes de dirigirme a la sala. Me mojé la cara, corregí la línea de los ojos, pincelé mis labios de rojo y arreglé el peinado en el espejo abultándolo según he visto hacer a las heroínas en las películas de los sesenta.

Ensayé ante el espejo: Buenos días, señores. Por favor, tomen asiento y comenzamos.

Había cinco tipos en la antesala cuando entré. Dos con caras de tontos. Los otros parecían lo peor de Senderito y Almendrades.

Entre ellos estaba el muchacho. Segundo.

Un público inusual aguardaba el control de su detención. Amigos, familiares, importantes miembros de la comunidad a quienes el padre de Segundo presta servicios ocasionales pero inobjetable en carpintería, poda de árboles y otros trabajos esenciales en lugares como Senderito, Almendrades y Puerto Chico. Me lo explicó el encargado de actas.

– Un asunto de alta connotación –concluyó, deteniéndose a reparar en el gesto de incredulidad que se me escapó por los ojos.

El secretario de actas tomó su lugar, el defensor el suyo y el fiscal, que había entrado conmigo, pero por otra puerta, buscó el asiento que le correspondía sin quitarse la sonrisa de la cara.

Se llama Salazar y es uno de los nuevos en la Fiscalía y la región. Un joven cargado de soberbia y carpetas, que hizo con todo eso un espectáculo de malabarismo al sentarse en la mesa de los acusadores. Por alguna razón todos en la sala aguardamos con infinita paciencia a que terminara de arreglarse el moño de la corbata y encontrara los papeles.

– Buenos días –largué al micrófono. A todos y a nadie, sin mirar a ninguno.

– Buenos días, Señoría –dijo Salazar, también al micrófono.

Hicieron pasar al primer detenido. Era uno de los tontos, nuestros clientes frecuentes. Se presentaba por tercera o cuarta vez porque el tipo no había aprendido de sus anteriores detenciones y seguía vendiendo en la región las cosas chinas copiadas a los coreanos, a los franceses y hasta a los suizos. Unos relojes bien cromados como tableros de nave espacial. Carteras. Artefactos de cocina de los que nadie conoce su utilidad. Chatarra. Desperdicios sin facturas, órdenes de compra ni guías de despacho.

– Mercadería ilícita –dijo el fiscal con su mirada pirotécnica–. Objetos receptados. Infracciones a la propiedad industrial, intelectual, Su Señoría.

Me sé de memoria el discurso de los acusadores.

Le tiré un sermón terrorífico. Me gusta la palabra reiteración, y la columpié ante los oídos del detenido una y otra vez. Lo amenacé con las penas del infierno y de este mundo a sabiendas de que se trataba de un trámite. Al terminar, echándole una mirada luciferina, le pregunté si había comprendido. Luego dirigí a Salazar una advertencia para que no saliera con alguna tontería y el asunto se resolvió en cuestión de minutos. El tipo salió de la sala cabeza gacha haciendo genuflexiones.

– Si breve, dos veces bueno, señor Salazar.

Salazar intentó un gesto de acuerdo.

Seguí con el otro tonto y luego vino el turno de los malos y del muchacho.

Estábamos en los últimos cuando entró el periodista de “La voz del páramo” y se sentó cerca del abogado encargado de la defensa.

Traía una tableta electrónica. Alfredo tiene una igual e intentó ocultarla de mí, pero lo sorprendí fotografiando chinitas en el jardín y debió confesar que la había comprado cuando viajó a la ciudad, elogiando la resolución de la cámara fotográfica, la gran capacidad de almacenamiento, acompañado esto último con una demostración práctica, la exhibición de las imágenes recién capturadas de unos picaflores y el botón de una rosa a punto de embellecer el mundo.

– Mira qué lindo, Cachorrita.

Los malos venían bien trabajados. Segundo traía un ojo hinchado como un globo morado y a uno de los otros le costó sentarse en el lugar de los imputados, dejando en evidencia el tratamiento que la fuerza pública del lugar otorga a la gente que se porta mal. Si preguntaba me iban a decir que debieron reducirlo. En mi jurisdicción los detenidos acostumbran a resistirse a las detenciones y deben ser reducidos. No pregunté más y pedí a quienes estaban en la sala hacer las presentaciones, incluidos el defensor y el fiscal, una formalidad para el registro del audio pues ahí todos nos conocemos, tanto como que Alfredo juega pool con el defensor y por eso éste llegó una madrugada a mi casa, el caldo para una discusión muy tonta con Alfredo, quien se resiste a entender mi posición y la inconveniencia de que se emborrache con el defensor y mucho menos lo lleve a la casa en estado de efervescencia.

Ya estaba hecho.

Teníamos entre manos a un par bien trabajado.

Según el fiscal la tarde anterior el muchacho y uno de los malos entraron en la casa que dos adultas mayores habitan cerca de la plaza, y luego de atar a las víctimas les quitaron el dinero guardado por una de ellas, la viuda del Notario Escudero, en el cajón del escritorio de su marido y algunas joyas de gran valor sentimental. Finalmente se llevaron la camioneta de la viuda. A ver si alguien me explicaba cómo consiguieron hacerla andar. Uno de los acusados habló de un alambrito, mencionó un asunto de física y luego, con un golpear las palmas de la mano simuló la brevedad de un movimiento o la velocidad de la luz en la huida por la calle principal.

El peor se llamaba Jairo. Era un tipo grande y flaco, un forastero. Tenía el rostro alargado de personaje del Greco y, bajo las crenchas que le caían sobre la frente, un par de ojos que no desearías encontrarte en un pasaje oscuro, ni siquiera en alguna de las localidades de mi jurisdicción donde hasta los rincones perdidos son una cosa muy tranquila y los perros se duermen en las veredas, los gatos se pasean por encima de ellos y a veces, cuando hace mucho frío, se ovillan entre sus patas.

Salazar no dejó ir la oportunidad de vincularlo, al pasar y dada su calidad de afuerino, a otros hechos delictivos, ocurridos recientemente.

– Remítase al caso, señor Fiscal.

Nada me gusta tanto de mi trabajo como poner en su lugar a esos pavos reales.

Llegó el turno de Segundo, el muchacho. Jovencito aprendiz en el arte del mal y esclavo de la hierba y otras cosas que te ponen en la luna, según supe más tarde. Había cumplido recién los dieciocho y era candidato al tratamiento de adulto. Su expresión, sin embargo, refería a gritos no entender cómo se encontraba metido en semejante problema.

Había conocido a las señoras, las víctimas, aseguró respetuosamente, cuando él y su padre hicieron un trabajo de pintura en la cocina de la viuda. Al decir esto su cabeza avergonzada hizo un movimiento con el que apuntaba a alguien entre el público. Las señoras le habían dado bebida y galletas. Las señoras lo llamaban Segundito para diferenciarlo de su padre. Su padre había reparado el galpón de la casa de las señoras y era el encargado de los arreglos de esa vivienda o del diagnóstico inicial, antes de llamar a algún maestro más calificado. Contó la historia de un tirón. No sé si sabía muy bien cómo era eso. Me consta que venía muy trabajado.

– Qué te pasó en el ojo –pregunté.

Respondió a través de los dientes. Fue un murmullo. No levantó la mirada al emitirlo.

– Pregunté qué te pasó en el ojo.

Un día alguien me dirá la verdad. No pierdo la esperanza. Sé que el comisario de la localidad se ufana del trato de sus carabineros a los que, como esos dos, interrumpen su siesta. Lo sé pues el comisario juega al póker con Alfredo los viernes y me consta, aunque he tenido el cuidado de taparme los oídos cuando me lo cuenta, que Alfredo lo ha desplumado más de una vez.

– El ojo –insistí–. ¿Qué te pasó en el ojo?

El defensor advirtió al muchacho que debía responder o nos quedaríamos en la sala toda la mañana. El periodista aprovechó de hacer una fotografía del muchacho desde un ángulo que destacara el trabajo de los carabineros. Hubo quienes esperaron de mí alguna palabra, una recriminación, pero me abstuve, esperando que esa fotografía, publicada más tarde en La voz del páramo, sacudiera el avispero de la Comisaría de la zona.

– Me caí –dijo.

– Cuéntame cómo te caíste.

Relató una historia absurda. No hay una manera de caer que no lo sea. Había un peldaño a la salida de la casa de las señoras mayores y él rodó por ahí cuando escapaba al tropezar con el perro muerto y se golpeó la cara con el soporte de una cerca.

– Muéstrame. Cómo te caíste.

El chico levantó por fin la vista. Qué ojo aquel. Una costura en medio de la masa morada.

Se puso de pie y avanzó una pierna como disponiéndose a dar un paso y simuló un tropezón.

– Mierda –dijo.

Golpeé con el lápiz la madera de mi banquillo en señal de satisfacción.

El fiscal hizo el resumen del asunto. Citas de artículos del código; hechos en virtud de los cuales debía tenerse por establecido un delito; participación del peor y del jovencito quienes, la mañana del día anterior habían entrado en la casa de las conocidas damas de Senderito donde cometieron los delitos de robo con escalamiento, amenazas y daños.

El defensor continuó con su propio libreto insistiendo en la irreprochable conducta anterior del muchacho y agregando, esta vez, que se trataba del hijo de una conocida familia de trabajadores de la localidad. Para no guardarse nada, añadió su condición de delantero titular del Club Deportivo Puerto Chico, adonde llegaron a verlo alguna vez unos técnicos del Colo Colo.

– Si la fortuna no fuera lo caprichosa que es, Su Señoría, y le hubiera sonreído, este muchacho no estaría sentado en el banquillo, sino tal vez haciendo pases a Messi en el Barcelona.

– La fortuna es así –lamenté con sinceridad.

El fiscal se había referido extensamente a la situación de las mujeres. La viuda y su hermana, esta última enfermita. Al decirlo, se llevó el dedo a la cabeza y ovilló un hilo imaginario en su sien izquierda. Si bien todos entendimos a qué se refería, lo conmine a explayarse, para efecto del audio.

– Que es tontita –abrevió.

– Explíquese.

– Demencia, Su Señoría. En su sentido cabal. Facultades mentales severamente deterioradas.

Lo sabíamos. No había motivo para traerlo a colación. Las viejecillas vivían a dos cuadras del tribunal y todo el mundo las veía pasearse tomadas del brazo por las tardes. Que, a una de ellas le faltaba un tornillo, era algo a la vista de quien quisiera mirar. Un hecho público y notorio, decimos en el foro, pero la audiencia requiere precisiones.

De manera que, teniendo en cuenta la edad de las víctimas y la condición de una de ellas, el asunto se volvía particularmente grave, debiendo hacer hincapié, había acotado con sagacidad el fiscal, en la presencia de uno de los imputados en la casa antes de los hechos y el consiguiente conocimiento de las circunstancias domésticas de las víctimas, en particular de una de ellas, y su dedo volvió a enredar el tornillo, de modo que acreditaría, anticipaba, su actuación sobre seguro.

Hecha la relación, venía mi turno. Es decir, yo debía tomar la decisión de si durante el tiempo que llevara la preparación del juicio, los acusados permanecerían en prisión o podrían andar por ahí haciendo trabajitos de pintura y asustando mujeres.

Con su tableta apoyada en el regazo el periodista intentó tomarme una fotografía. Lo amenacé con echarlo de la sala, reconociendo en la ferocidad de mi brazo al apuntar a la puerta el deseo reprimido de asustar a Alfredo cuando me registra con la suya mientras escribo sentencias en el computador de la casa.

Adopté la única decisión posible. Cualquiera en mi lugar habría resuelto el asunto de igual manera. Decreté prisión preventiva para Jairo. En cuanto al muchacho, no tenía

antecedentes y alguien debía velar por su ojo con algunas compresas y la aplicación de antibióticos. Lo mandé a su casa con prohibición de salida.

Un hombre humilde de esos con los que la vida se ensaña, sentado al fondo de la sala, se puso de pie y dio una exhalación como para morir a continuación. El gesto de complicidad del secretario de actas me confirmó que se trataba del padre del muchacho.

La mirada del periodista fue del padre a mí y regresó al padre. Se dirigió a continuación al hombre, cuando este dejaba la sala, lo alcanzó en la puerta y lo abordó con determinación. Los vi intercambiar unas palabras y despedirse luego de que el periodista registrara algo en su tableta. Balanceadas las posibilidades de obtener una entrevista de cualquiera, escogió a don Segundo. Con anterioridad yo lo había mandado de paseo y, si bien no se da por rendido y aprovecha cada oportunidad de sacarme alguna palabra, esta vez fue a la segura.

Durante el camino de regreso a casa mi rabia anterior y yo nos encontramos. Me refiero al incidente del botón, la canaleta y otros problemas entre Alfredo y yo desde nuestra llegada a la localidad. Había que considerar, entre todos, el tiempo del que Alfredo disponía y su naturaleza amistosa. Se trata de un hombre hermoso y cuya gentileza y modales harían de él un caballero de novela del siglo diecinueve, características que me cautivaron tiempo atrás y no pasaron inadvertidas a los lugareños, quienes lo consideraban para los partidos de fútbol, las veladas en el club, cumpleaños, velorios y tijerales. Quiero decir, Alfredo se relacionaba con medio mundo poniendo en peligro mi dignidad y mi estricto cumplimiento de las obligaciones ministeriales por el solo hecho de encontrarme casada con él. Si eso fue un tema cuando llegamos a vivir a la parcela en las cercanías de Almendreres, dimos fin al asunto con mutuos compromisos que yo cumplí. Alfredo, por su parte, y en esto yo era objetiva, había ido relajando sus promesas al extremo de que, en la actualidad, el comisario le enviaba saludos por mi intermedio cuando debía concurrir por razones de trabajo al tribunal y el defensor se dirigía a mí en un tonito inconveniente durante las audiencias.

Se me escaparon algunas lágrimas, pero me recompuse cuando me aproximaba a la casa. Hacía frío. Desde el portón vi subir la nube de humo por el caño de la chimenea. Imaginé a Alfredo inclinado sobre el fuego, de espaldas a la puerta de entrada y al volverse luego hacia mí con esa sonrisa suya que no han endurecido los tontos ni los malos de ningún tribunal y postergué la ira para más adelante. Confiaba en los recursos de mi marido para hacerme enojar en cualquier momento.

El sábado muy temprano llamaron a la puerta. Alfredo se bajó de la cama y fue a recibir al recién llegado. Me levanté también y descorrí cuidadosamente la cortina. Alguien había traspasado el portón de entrada y hablaba con Alfredo junto a la canaleta rota. Junto a ellos, lo único que alcanzaba a distinguir, había una escalera de tijera.

Cuando Alfredo regresó a la habitación traía el desayuno, el diario y una flor del jardín en un vaso.

– ¿Quién es? –pregunté.

– Una astromelia.

– El de abajo –insistí–. ¿Quién está abajo?

– Un maestro. Alguien que va a arreglar la canaleta, Cachorrita.

Procuró demostrar naturalidad.

Poco después de mediodía, estábamos en los souers cuando el hombre llamó a la puerta de la cocina y anunció el término del trabajo. Divisé su silueta de tipo delgado detenido en el umbral.

– ¿Puedo lavarme las manos? –preguntó.

Alfredo le ofreció usar el baño de visitas, pero el hombre prefirió la pileta de la cocina. Lo vi cuando se secaba con un pañuelo desechable que sacó de su propio bolsillo y nos sonrió con satisfacción.

– Buenas tardes –dijo, mirándome con un gesto de viejos conocidos.

Estaba ahí como hace unos días al final de la sala del tribunal, pero a diferencia de entonces, ahora me miraba directamente, a los ojos. Éramos él y yo.

Hubo un instante de incomodidad.

– ¿Cuánto se le debe? –pregunté.

Retrocedió haciendo el gesto de rechazar un metal caliente.

Fue mi error. Lo comprendo ahora. Se trataba de un asunto que debí dejar entregado por entero a Alfredo, y si bien éste hizo al hombre un guiño que apelaba a una forma de entendimiento entre ellos, el viejo no pareció comprender y si lo hizo ya todo se había echado a perder.

–Nada –insistió–. No puedo cobrarles.

Siguió un silencio.

Alfredo no parecía dispuesto a aclarar las cosas y el gesto del hombre, su mano al espantar una mosca imaginaria me hizo recordarlo la mañana en que llevaron a su hijo al tribunal, pero sin la dignidad de entonces, al ponerse de pie al final de la sala. Luego sonrió con expresión de esclavo y me dio las gracias.

Además de las gracias, usó a continuación las siguientes palabras:

– Mi familia está muy agradecida de usted, señora jueza. Confiamos en que el muchacho ha aprendido la lección.

Ya que estábamos en esas, di algunas brazadas en el incómodo momento y le pregunté por el ojo. Dije alguna tontería en relación con el cuidado que debíamos tener con los ojos. El hombre aseguró que iba mejor. Dio detalles de un tratamiento natural y de la medicina alternativa, obviando cualquier referencia a la brutalidad policial.

Luego salió de la cocina, cerró la puerta con cuidado y minutos después escuchamos el sonido de la camioneta alejándose por el sendero hacia el camino.

Me asomé a la ventana para verlo alejarse. Su vehículo traspasó el portón de la parcela y tras la estela de polvo que dejó al partir temí divisar la silueta del periodista de “La voz del páramo”. Por un instante imaginé que levantaba una mano y me saludaba.

O apuntaba con la tableta para tomar una fotografía del momento en que don Segundo abandonaba mi casa.

La mano de Alfredo se apoyó sobre mi hombro. Pude sacudirla con un movimiento, pero, al contrario, acerqué a sus dedos los míos.

– Almorcemos, Cachorrita –dijo.

Por la tarde llovió intensamente. Sonó la lluvia sobre las planchas que cubrían el techo de la casa y se inclinaron los árboles junto al camino. Un temporal maravilloso. A eso de las cuatro, salimos a mirar la canaleta. Un trabajo de lujo.

EL HALLAZGO

Tía Elena habló de un hallazgo. Lo dijo al teléfono y bajando la voz, como si quisiera ocultarlo de alguien. De Pina, naturalmente. De quién más. Pero Pina tenía un oído privilegiado y reconoció la palabra hallazgo. Fue al diccionario y comprobó que se trataba de un descubrimiento. Como se encuentra un tesoro, un escondite. Como un continente nuevo.

Tía Elena y Pina, hija de su hermana fallecida hace unos años, qué pena, dice la gente cuando se entera, viven solas. Hasta hace un tiempo estuvo con ellas el abuelo, padre de tía Elena y de la madre de Pina, pero el viejo murió recientemente y es ese acontecimiento la explicación del riguroso chequeo médico de tía Pina pues, palabras suyas, ella no puede morirse de buenas a primeras. No mientras Pina esté pequeña.

Pina tiene siete años. Y, sí, existe un padre por ahí, y da vueltas por la vida de su hija esporádicamente, pero no es alguien con quien se pueda contar. Para empezar, tiene una familia. Otra familia. Es decir, hay una mujer que ya existía cuando Pina nació y tres hijos, dos mayores y uno menor que Pina.

La gente es así. Los hombres son así, suele decir tía Elena.

Tía Elena es tan bajita que cuando Pina cumpla diez años será más alta. Tiene una cara redonda, el cabello cortado como un gorro sobre la cabeza que cuida con laca y un cepillo. Y unos anteojos gruesos con muchas dioptrías con los que se abalanza sobre los papeles que lleva a la casa para seguir trabajando ahí cuando la chica que cuida a Pina tiene que irse.

Tía Elena lleva contabilidades. Dicen que es muy buena en su trabajo. Las personas la visitan, a veces en su casa y a horas completamente inadecuadas, lamenta la tía. Acuden a ella porque es muy buena.

Y ha hecho un hallazgo.

Ahora están frente al portal, en la esquina de calles Ahumada y Huérfanos. Se trata de un acceso diseñado en diagonal, que rompe la cuadrícula de los espacios sobre los que se ha construido el centro de Santiago. En el primer piso, un laberinto de negocios sostiene sobre sí los inmuebles de la manzana, pegados unos con otros. Una multitud trabaja todos los días en el interior de esas edificaciones como en una colmena. De lunes a sábado. Durante años, pues esas oficinas y las tiendas fueron habilitadas desde principios del siglo pasado. Quienes han vivido o trabajado por ahí acortan camino por el portal cruzando desde Estado hacia Ahumada. Evitan en su interior la lluvia, las frías y húmedas calles. O el calor en el verano. Un calor que no da tregua en diciembre y enero a las doce del día, salvo en esos pasajes por cuyos muros se arrastra cierta frescura como si no estuvieran hechos de albañilería sino de barro.

A partir del segundo piso se encuentran las oficinas. Recovecos y anchos pasillos iluminados débilmente por focos empolvados. Hay placas metálicas junto a las puertas.

Abogado. Dentista. Contador. Las escaleras para ir de un piso a otro están ubicadas detrás de pesadas puertas que retroceden una vez abiertas para cerrarse con un sistema de batientes.

A fines de julio del año sesenta y ocho Pina y tía Elena suben a uno de los edificios luego de comprar ropa interior en la galería del primer piso. Puesto que van a la consulta del doctor Inostroza, y este atiende en el tres, podrían llegar por las escaleras, pero Pina prefiere el ascensor. Lo maneja un señor de uniforme y gorro, cortés con quienes entran y salen, incluida Pina, a la que llama señorita y pregunta, tocándose la gorra, como si su tía no estuviera, a qué piso la lleva. Para cerrar las puertas metálicas de reja, se ayuda con las manos, y después utiliza una palanca que eleva o hace descender la cabina por el hueco del edificio.

En la puerta de la oficina trescientos cuatro se anuncian los servicios de un médico general con especialidad en enfermedades respiratorias. Se trata de Inostroza. El mejor, según tía Elena. De ahí la multitud esperando junto a la entrada. No necesitan llamar, pues la puerta está abierta. Además, algunos de los pacientes aguardan en el pasillo. En la antesala, una mujer administra las horas en un pequeño cuaderno de escolar; recibe los pagos y atiende el teléfono que suena incesantemente. Anota. Borra. Marca con un lápiz rojo. Va y viene hacia el privado del médico cuidando de cerrar con llave el cajón del escritorio cuando se aparta de su lugar de trabajo.

La tía de Pina intenta llamar su atención plantándose ante el escritorio con el hallazgo bien agarrado junto al regazo, pero la mujer parece muy ocupada en un archivo ubicado bajo el escritorio, a sus pies.

Tengo hora a las seis, dice.

Pina se mantiene junto a su tía. También ella mira a la secretaria, a ver si entre las dos consiguen un poco más de su atención.

Debe esperar, responde la mujer. No lleva delantal. Tiene el pelo ordenado sobre la cabeza como un recipiente, sostenido en su lugar, Pina lo sabe, conoce esos trucos con una buena porción de laca.

Y todos los asientos de la antesala ocupados. Pina los cuenta. Catorce localidades. Tres de ellas, cuatro si se sientan ahí personas delgadas, corresponden a un sillón de cuero. En los muros hay algunos paisajes. Y un cartel con propaganda de un antitusivo.

La puerta del fondo de la sala de espera se abre y el interior arroja a una mujer cabizbaja que deja el lugar cerrándose el cuello del abrigo. Tras de ella se asoma un hombre con el delantal blanco entreabierto. Es muy alto, delgado y medio encorvado. Sin unas hebras de cabello peinadas hacia atrás y sostenidas con fijador sería completamente calvo. Se trata, naturalmente, del especialista.

Pina está familiarizada con las calvicies. Son calvos sus tíos. Su abuelo lo fue.

Y a propósito, si están ahí es a causa de su abuelo, precisamente de él, que murió a consecuencia de una enfermedad respiratoria, provocada por el abuso del cigarrillo, según el médico. Pero, opina tía Elena, en materia de muerte nada está dicho. Y bien, o mal, el

abuelo pudo morir por algo que venía con él y tal vez traspasó a alguno de sus hijos; a los calvos como él. O a una de las dos hijas mujeres. Ella, por ejemplo.

Por eso se cuida. Comprueba si su capacidad respiratoria se mantiene; si el cansancio al subir las escaleras escapa a la fatiga natural en las personas de su edad, tía Elena ya es mayor y, se sabe, la edad te sorprende primero al subir las escaleras, de modo que una persona apoyada penosamente en un pasamanos es alguien que acaba de advertir el paso de los años. O que está a punto de sufrir un ataque cardíaco.

Tía Elena ha dicho a sus amigas ¿Y si tengo lo mismo que el viejo? La niña está muy chica, ha considerado a continuación, hilando esta afirmación al supuesto.

La niña es ella. Es Pina.

Imagínense, ha dicho tía Elena a las amigas, le ocurra a ella, Dios no lo permita, lo que al viejo y se despache ¿Qué pasaría con la chica? ¿con Pina? Imagínense a Pina en un orfanato o, peor, entregada a la crianza de ese irresponsable.

Y ahora el hallazgo.

Pero todavía deben esperar. Un hombre se pone de pie y sigue al médico al interior de la consulta.

¿Qué cómo va vestida la niña?

Bueno. Lleva un vestido de franela. Calza botines azules, una curiosidad que no encaja con muchas cosas. Es una niña con un vestido de cuadrillé, cuello blanco y blondas. Medias stretch de color azul, las mismas que usa para ir al colegio porque cuando regresa de clases se quita el jumper del uniforme y se pone un delantal de casa encima de la ropa, pero conserva las medias. Para salir, para ir donde el médico Inostroza, el especialista que revisa los pulmones de tía Elena y la deja a salvo del orfanato y del irresponsable, tía Elena le pone el vestido de salir y los botines azules. Le peina el cabello oscuro y ralo en dos trenzas que son como dos hilachas. Y, encima de todo, el chaquetón gris con cuello peludo adquirido en Falabella, al que ya le dio la basta una vez.

Es invierno.

Caminaron hasta el paradero. Subieron al microbús. Tía Elena la protegía para que nadie pusiera los pies encima de sus botines azules. La ayudó a bajar del microbús. Le cogió la mano y así agarrada la llevó por la calle Ahumada hasta el edificio donde atiende el doctor Inostroza.

¿Qué hablaron?

De la ciudad. De cómo era hace veinte años, cuando su madre y tía Elena iban con el abuelo a tomar té al Santos. De los cines que ya no están. Del kiosco donde compraban algunas revistas de la época. De las publicaciones que le gustaban a la mamá de Pina y a ella. De lo diferente que eran las dos.

De eso hablaron.

Y Pina preguntó ¿Qué es un hallazgo, tía?

Un descubrimiento.

Hay gente mayor que ella y tía Elena esperando.

Yo estoy desde las cuatro, dice una.

Tía Elena quisiera sentarse. Y de pronto, qué afortunada es, un hombre que ha manoseado hasta entonces una revista médica se pone de pie como si recordara algo y se va simplemente, sin siquiera despedirse de la secretaria. Se aleja por el pasillo, tal vez superado por la espera, pues minutos antes de partir ha dicho, a nadie en particular, ha dicho simplemente, en voz alta, porque le parece escandaloso, que lleva dos horas y media y él es puntual. Y se ha puesto de pie y se ha ido.

Entonces Pina de un salto ha alcanzado el asiento y tía Elena le ha pedido que se lo deje y ha ofrecido a cambio su rodilla. Como si Pina fuera una niña. Y Pina se ha alejado de tía Elena.

La puerta del privado del médico se ha abierto y desde adentro ha sonado una voz llamando a alguien que no es tía Elena y que se encuentra de pie junto a la entrada, dudando tal vez, por qué no, entre irse o seguir esperando y, ya ven, como hay días en que las cosas se dan y entra, fachoso y dispuesto, es un hombre de cabeza bien poblada, cierra tras de sí la puerta y el resto de los pacientes expele un suspiro sincronizado que puede significar uno menos, en fin.

Pina alcanza a tía Elena una revista de fotos. La tía la ojea distraídamente y debe dejarla porque una mujer junto a ella empieza a hablarle. Es la oportunidad de Pina para salir al pasillo del edificio.

Pasillo hacia allá, salida a las escaleras; pasillo hacia acá, otra salida a las escaleras. Puertas sin numerar, debidamente cerradas con llave. Baños, ha dicho la secretaria en una ocasión anterior, son baños. Si quiere usar el baño debe pedirle las llaves.

Se escuchan toses desde el interior de la consulta.

Desde la puerta, Pina observa a tía Elena apretar el sobre contra su regazo señalándose a la desconocida con quien ha entablado conversación. Tal vez hablan del hallazgo, pues el hallazgo está en el sobre. Tía Elena lo trajo desde el laboratorio al que la envió el especialista y no sabe, ha dicho a las amigas y tal vez repite a la desconocida, no sabe, pero es mejor preguntar, consultar. Un hallazgo es un hallazgo.

Un descubrimiento. Pina recorre el pasillo hacia el este y luego hacia el oeste. Los suelos están embaldosados con fríos pastelones en colores crema y gris. Una fea combinación. Están saltados en algunos pedazos, como si alguien hubiera dejado caer una pesada carga con vértices filosos. Hay manchas en algunas de las planchetas.

Pero las recorre evitando pisar las partes grises. Es un juego muy aburrido. Todos los niños lo han jugado alguna vez.

Pina está muy aburrida.

Es verdad, claro, tía Elena debe ver al médico. Uno distinto al anterior, que era el médico al que se le murió el abuelo y, se disculpó echándole la culpa al cigarrillo. Pero Pina quisiera que la visita se realizara en distintas circunstancias. Primero, le gustaría que tía Elena fuera sola y la dejara en casa de la vecina como ha hecho alguna vez cuando debe ir a reuniones al colegio o a un compromiso de esos que tienen las mamás y las tías

y de los que no hablan a las niñas. Pero tal vez porque el médico tarda tanto, tía Elena prefiere llevarla con ella y que Pina se siente por ahí, cuando los asistentes se vayan retirando ¿Trajiste algún cuadernito? Un cuadernito para qué, se pregunta Pina. Ah, sí, para que repase sus lecciones. Un librito. Cómo si Pina necesitara repasar sus lecciones.

Esta vez, la tía ha traído el hallazgo. Se tata de placas radiológicas. A simple vista, ha dicho a sus amigas, está todo bien. Pero eso es a simple vista. Pues hay una frase en el informe que no termina de gustarle. Refiere un hallazgo. Lo que en medicina es muy diferente a la literatura, donde un hallazgo puede ser un tesoro. Y, pues sí, también puede ser un cadáver.

Desde la víspera, cuando tía Elena regresó con el resultado del examen contenido en un sobre azul en el que prohibió a Pina intrusear, usó ese verbo; desde ayer tía Elena ha estado un poco inquieta, imaginando quizá que el resultado del examen radiológico puede acercar a Pina al orfanato y, peor aún, al irresponsable y a su mujer.

¿Esa mujer? Pues, se trata de la mujer de papá, la madre de tres hermanos que Pina no conoce, pero con los que debería ir a vivir si aquello que mató al abuelo acaba con la vida de tía Elena y no puede ir al orfanato ¿Cómo es esa mujer? Malvada, naturalmente.

Dos puertas más allá está la placa que dice: contador. Después hay una con varios nombres, subrayados todos por la palabra practicante. Es decir, gente que practica ¿O que es práctica?

Sigue la oficina de los Pavez. Todos abogados, incluso una mujer: Ana María Pavez, seguida de las palabras: Especialista en menores. Y están los Pavez que ven asuntos criminales. Sorprendente.

La puerta que viene después no tiene placa. Ni número. Pero no es un baño porque, según Pina ha podido advertir, los baños dan todos al interior y esta es una puerta que se abre a un espacio hacia la calle. Por la posición, piensa Pina. Detrás de esa puerta debe haber un lugar como la consulta del doctor Inostroza, un espacio para una secretaria, luego una antesala y uno o dos privados donde trabajan médicos o practicantes especialistas en crímenes.

Y Pina apoya la oreja en la puerta y escucha para saber qué sucede en el interior, Pina tiene un gran oído, escucha, escucha, pero, ay, la puerta se ha abierto y Pina ha pasado de un viaje hacia el interior de esa oficina que está completamente a oscuras, más oscura todavía que el pasillo y tanto más desde que, luego de tragarla a ella, la puerta ha vuelto a cerrarse y todo es oscuridad, silencio y una respiración muy leve, la de alguien sin problemas respiratorios, peligrosamente cerca suyo, a una distancia que Pina no debe admitir superen los extraños, está tan segura de lo inaceptable de esa distancia que va a gritar y está agarrando vuelo para hacerlo cuando una mano sobre la boca le cierra el paso al grito.

Después los pasos que suenan en el corredor, entre ellos los de tía Elena, la voz de tía Elena llamándola, buscándola como se busca las cosas que se extravían para encontrarlas, que es cuando se convierten en un hallazgo.

